

Las cifras explican la magnitud del reto: 263 parroquias, 394 sacerdotes, más de cinco mil catequistas, 315.378 personas atendidas en centros sociales, casi quince mil bautismos, 16.208 primeras comuniones... Son las huellas visibles, evidencias de una presencia de la Iglesia en la vida de cada fiel, de cada bautizado y de personas posiblemente ajenas a la Iglesia, pero que sienten en cambio su cercanía en algún momento de sus vidas. Y son motivos para la alegría. Así se destaca en la campaña que la Conferencia Episcopal y todas las diócesis españolas llevan a cabo estos días con ocasión de esta jornada. Se alude –así lo hace monseñor Asenjo en su carta pastoral de esta semana- a una alegría derivada de la pertenencia a la Archidiócesis, con todo lo que ello comporta. Si no fuera por la Iglesia diocesana “estaríamos condenados a vivir nuestra fe a la intemperie, de forma aislada, individual y por libre”, añade.

Cuotas a favor de la parroquia y la Archidiócesis



El Día de la Iglesia Diocesana sitúa al católico ante las consecuencias lógicas de su condición de miembro de una *gran familia*. Son, por tanto, jornadas para reiterar la importancia de su contribución personal y económica. La colaboración económica puede hacerse de varias formas, si bien se aconseja formalizar suscripciones periódicas a favor de la diócesis o la parroquia. “Gracias a estas cuotas –añade el Arzobispo- la diócesis podrá ayudar más a las parroquias en sus obras de restauración, en la construcción de los nuevos templos, en la conservación de las casas y centros parroquiales, garantizando al mismo tiempo el funcionamiento de la Curia y de los servicios diocesanos, sosteniendo los seminarios y los centros de estudio, y sirviendo a los pobres”.

Una pertenencia a la Iglesia vivida con responsabilidad, con todo lo que se deriva de ello. Esta es la invitación que hace la Iglesia este fin de semana.